

ros. Y me encontraba solo, y rodeado de majestad, como bajo el manto de la historia.

Vagando fui á dar á la sala de los Reyes. Los de Portugal figuran en estatuas, á lo largo de sus paredes. En el centro, un papa y un obispo coronan á Alfonso Henriques, el fundador de la Monarquía, arrodillado entre ellos. Hay en la sala un gran calderón, que el inevitable guardián-cicerone, que acudió al oír resonar en la soledad pasos, me dijo haber sido tomado á los castellanos en Aljubarrota. Me asomé á su brocal; estaba vacío.

De esta sala pasé al claustro de don Dionis, hoy en restauración. Hermoso recinto, nobilísimo y melancólico. El agua de la fuente canta la soledad de la historia entre las piedras mudas de recuerdos, y un pájaro cruza el pedazo de cielo limpio, de caída de otoño, cantando ¿quién sabe á qué? Las piedras se miran en la triste verdura del recinto.

Y luego pasé á ver el otro claustro, más vivido, más casero, el llamado del Cardenal, donde hoy hay un cuartel de artillería. Todo el antiguo convento de monjes bernardos me lo enseñó un sencillo campesino con uniforme de soldado de artillería. El pobre mozo sólo veía allí el cuartel, sin saber nada de monjes. «Aquí hacemos el ejercicio, aquí es el picadero, aquí...», etc. En la puerta de lo que fué antaño biblioteca, decía aquello de los proverbios *viam sapientiae monstrabo*, te enseñaré el camino de la sabiduría. Y me la enseñó un recluta portugués, pero estaba vacía y no era camino, sino sala. Quería luego enseñarme, ¡claro es! las piezas, los cañones, pero renuncié á verlos.

Me volví á la iglesia, ahora con el guardián. Mostróme el altar en que se representa la muerte de San Bernardo, escena algo teatral, que parece de un gran nacimiento de cartón, de esos de Navidad, pero no sin su efecto. Un fraile pétreo llora eternamente, llevándose el blanco manto á los ojos, no sé si la muerte de su santo padre San Bernardo ó la trágica historia de Inés de Castro. Porque enfrente de este altar cierra una pobrísima verja de madera la capilla en que descansan por fin los restos de la infortunada amante de Don Pedro I.

Me llevó el guardián ante los túmulos de Don Pedro, de Inés y de sus hijos, y le pedí que se fuera, dejándome solo. En mi vida olvidaré esta visita. En aquella severísima sala, entre la grave nobleza de la blanca piedra desnuda, á la luz apagada y difusa de una mañana de otoño, las brumas de la leyenda embobaronme el corazón. Una paz henchida de soledades parece acostarse en aquel eterno descansadero. Allí reposan para siempre los dos amantes, juguetes que fueron del hado trágico. Como aves agoreras veníanme á la memoria los alados versos de Camoens al contemplar el túmulo de la

*miser e mesquinha
que, depois de ser morta, foi Rainha.
Es porque el puro amor
que os corações humanos tanto obriga*

quiere, áspero y tirano, bañar sus aras en sangre humana.

Descansan en dos pétreos túmulos Pedro el duro, el cruel, el justiciero, el loco tal vez, y la linda Inés, y descansan de tal modo que, si

se incorporaran, daríanse las caras y podrían otra vez más beberse uno á otro el amor en los ojos.

Seis alados angelillos guardan y sostienen la yacente estatua de Inés, y otros seis la de Don Pedro; á los pies de ella duerme uno de los tres perrillos que hubo allí en otro tiempo, y á los pies de él un gran lebrél, símbolo de la fidelidad. La tumba de él sostiene la leona; la de ella, leones también, pero con cabezas de monjes. En las tablas del sepulcro de Inés, la pasionaria, la esclava del amor, escenas de la pasión de Cristo, del que perdonaba á la que mucho pecó por haber amado mucho; en la tabla cabecera la Crucifixión, y en la de los pies el Juicio final, en cuyo cielo hay una mujer. Las tablas del sepulcro de Don Pedro nos enseñan el martirio de San Bartolomé. El, Don Pedro, con cara plácida, con cabello y barbas á la asiria, sostiene su dura espada sobre su pecho.

Y pesa allí aire de tragedia.

Allí está lo que queda de aquel Don Pedro I de Portugal, un loco con intervalos lúcidos de justicia y economía, como de él dijo Herculano; aquel hombre para quien fué una manía apasionada la justicia y que hacía de verdugo por su mano. El, el adúltero, odiaba con odio singular á los adúlteros: ¿sería el remordimiento? Allí descansa de sus justicias, de sus nemródicas cacerías; allí descansa, sobre todo, de sus amores. Allí descansa el tirano plebeyo, á quien adoró su pueblo. «Cuando volvía en barcos de Almada á Lisboa, la plebe lisbonense salía á recibirle con danzas y trebejos. Desembarcaba é iba al frente de la tur-

ba, danzando al son de las trompetas como un rey David. Tales locuras apasionábanlo tanto casi como su cargo de juez. Ciertas noches, en el palacio, perseguíale el insomnio; levantábase, llamaba á los trompeteros, mandaba encender antorchas, y helo por las calles, danzando y atronando todo con los berridos de las trompetas. Las gentes, que dormían, salían con espanto á las ventanas, á ver lo que era. Era el rey. ¡Muy bien! ¡Muy bien! ¡Qué placer verlo tan alegre!» (Oliveira Martins. Historia de Portugal, libro II, capítulo III.)

¿No recordáis la historia trágica de sus amores con Inés, que Camoens más que otro poeta ha eternizado? Allá hacia 1340 fué la linda Inés de Castro, la gallega, á Portugal, como dama de la infanta Constanza, la mujer de Pedro, el hijo de Alfonso IV. Y fué la *mujer fatal*, que diría Camilo. El hado trágico les hizo enamorarse; aquel amor «ch'a null'amar amar perdona», como dijo el poeta de la *Divina Comedia*. Tuvieron frutos de los trágicos amores; intrigas de corte y de plebe hicieron que el rey Alfonso mandara matar á su nuera, pues viudo de Constanza, Pedro casó luego en secreto con Inés, que fué apuñalada en Coimbra.

*As filhas de Mondego a morte escura
longo tempo chorando memoraram;
e por memoria eterna en fonte pura
as lagrimas choradas transformaram;
o nome lhe poseram que inda dura
dos amores de Ighes, que ali passaram.
Vede que fresca fonte rega as flores,
que lagrimas sao a agua e o nome amores.*

Y cuando luego fué rey Pedro, cuenta la leyenda que mandó desenterrar á Inés y coronarla reina, y habiéndose apoderado de sus matadores los torturó bárbaramente, viendo desde su palacio, mientras comía, en Santarem, cómo los quemaban. Y esto podéis leerlo en el viejo y encantador cronista Fernán Lopes, que nos lo cuenta todo homéricamente, con una tan animada sencillez que es un encanto.

Nos lo cuenta todo menos lo de la exhumación y coronamiento, que parece ser leyenda tardía. Pero muy bella. Y en el fondo, de una altísima verdad trascendente.

Esa pobre Inés que reinó después de morir... ¡Y de morir por haber amado con amor de fruto, con amor de vida! ¡Qué reino y qué reina!... Reina, sí, reina en el mundo de las trágicas leyendas, consuelo de la tragedia de la vida; reina con Iseo, la de Tristán; reina con Francesca, la de Paolo; reina con Isabel, la de Diego.

En aquellos mismos días en que visité en Alcobaça la tumba de Inés, leía *A mulher fatal*, de Camilo Castello Branco; de Camilo, el que nos ha dado en sus novelas toda el alma trágica, fatídica, patética, de Portugal. «Acúsome—dice Camilo en ese libro—de haber hecho llorar con mi fantasía á muchas personas incapaces de verter una lágrima balsámica sobre una llaga de miseria verdadera.» Sí, Camilo hace llorar: sus libros parecen escritos con lágrimas de fuego, que escaldan. Y la historia toda de Portugal, ¿no hace acaso llorar? ¿No es algo plañidero?

En un rincón de la capilla de Inés y Pedro descansan los restos de los tres hijos del trá-

gico amor fatal, y sus tres sarcófagos de piedra, sencillos, toscos, son relicarios henchidos de recuerdos. ¡Pobres mozos! En la misma capilla duerme su eterno sueño Doña Beatriz, la mujer de Alfonso III, y Doña Urraca, la de Alfonso II. La que no está allí es Constanza, la pobre Constanza, la infortunada esposa de Pedro, á la que fué á servir de dama Inés y á la que le arrebató el corazón de su Pedro. ¿Ella, Inés? No, que fué el Hado. Oigamos al viejo cronista Ruy de Pina, que en su crónica del rey Don Afonso el cuarto nos dice con su homérica sencillez que «el infante D. Pedro, hijo primogénito heredero del rey Don Alfonso de Portugal, estuvo casado con la infanta Doña Constanza Manuel... y de ella, en vida del rey Don Alfonso, su padre, tuvo dos hijos y una hija, á saber: el infante D. Luis, que fué el primero, y éste, siendo mozo, falleció en el bautismo, del cual Doña Inés Pérez de Castro fué comadre del rey Don Pedro, siendo infante, y de la infanta Doña Constanza, y esto se hizo por cuanto Doña Inés andaba en casa de la dicha infanta por doncella suya y parienta y sentíase ya que el infante Don Pedro le quería bien y por evitar entre ellos otra afección».

¿No lo adivináis ya todo? Se hizo á Inés madrina del hijo de Pedro, su amante, y de Constanza, su amiga, para crear por religión un incesto entre ellos. De esta circunstancia ha sacado hermosísimo partido Eugenio de Castro en su bellissimo poema *Constança*. Y en la *Monarquía lusitana* (parte VII, libro X, capítulo VI) se dice que alentó la confianza de los amantes al ver que las forzosas consecuencias

del parto habían de tener á Doña Constanza presa en la cama.

¡Desdichada Constanza, pero mucho más desdichada Inés! Al fin aquélla reinó en cierto modo en el mundo y en vida; Inés, la del amor fatídico, no pudo reinar sino después de muerta, y muerta á manos violentas. Aquí podrían decirse las palabras con que termina el *Frei Luiz de Sousa* la clásica tragedia portuguesa: «Dios aflige en este mundo á quienes ama. La corona de gloria no se da sino en el cielo».

Con pesar me despedí de la pétrea caja que encierra los despojos de lo que fué la belleza de Inés de Castro, la de trágica memoria. Y allí queda, entre las blancas piedras bernardinas del monasterio levantado á recordación de la independencia de Portugal. Sólo que el severo monumento, desnudo, solitario, silencioso, recuerda, más que la independencia de la patria, la independencia del amor. Portugal, que, como Inés, ha amado mucho y ha amado trágicamente bajo el yugo del destino, ¿no reinará también después de morir? La desgraciada amante ¿no es un símbolo prefigurativo, un augurio, de esa tierra linda, linda como Inés, víctima también de fatídicas pasiones?

Con pena, con pena de soledad dejé aquella capilla de amor fatídico, y, cruzando el templo, volví á ver la luz del cielo. Sonreían con sonrisa otoñal las colinas, sonreía Alcobaça, un pueblo blanco de caserío, verde de campo, riente, florido, abierto, campesino y noble, industrial é histórico. Su río es un río de fábricas, empetilado y rumoroso, de esos que mueven artefactos.

Volví al hotel—el hotel alcobaçense—pensando en Inés. Sobre una mesita, en el comedor, encontré la *London Opinion* y *La Revue des voyages*. Para que se diga...

Recorrí, ahora de día y en un ómnibus, el camino que la noche antes había recorrido á oscuras en el desvencijado cochecillo. Un camino delicioso de campo, más abierto que los del Miño y más jugoso.

Y otra vez en el tren, en ese odioso tren, en uno de esos insoportables vagones de ferrocarril. Para desquitarme iba pensando en lo que serían los viajes por esa encantadora tierra portuguesa, toda mimo, en aquellas diligencias de campanillas retintinantes de que nos habla Antonio Nobre en una de sus más íntimas poesías. «Día y noche, aurora á aurora, por esa loca tierra afuera, llena de color, de luz, de sonido...» Y pasaban molinos de viento, eras, solares, antepasados, ríos, claros de luna, paisaje etéreo y dulce, al cual confesaba Nobre deberle todo lo que era, después del vientre que le llevó.

«La posta va subiendo una ladera y los aldeanos, á lo lejos, alerta, miran pasmados, con la boca abierta, y la gente sigue dejándolos solos. ¡Qué pena da ver á los que quedan! Pobres, humildes, no significan nada; se quitan el sombrero con respeto; otros, pasando á nuestro lado, decían: «Alabado sea Dios». «Alabado sea», decía yo. Y blanda caía la tardecita...» Una parada en seco, el grito de un mozo anunciando una estación me cortaban el ensueño en que me llevaba Nobre. Y el tren volvía á partir y yo volvía á soñar.

La subida de Novellas, el gordo y rubio Ca-

banellas, el reposo en la posada de servilletas blancas, mermeladas, el cuco de la sala dando la hora. Y luego «caía la noche; yo iba fuera viendo una estrella que habita allá arriba, en el firmamento portugués; y ella trazaba mi hado: «serás poeta y desgraciado»; así dijo y así fué». Y todo lo demás que Nobre nos cuenta hasta que llega á su casa.

Y en casa le esperaba su abuela, que abrazándole exclamaba: «¿Qué es de tus ojos, de tus brazos? ¡Válgame Dios, cómo viene!» y otras mil dulzuras. Entraba en su cuarto, ¡todo tan bueno allí, tan sobrado! ¡Qué leche! ¡Y el agua, Jesús! ¡Y las sábanas! ¡Rico olor á lino! «Vaya, duerme, que vienes cansado; ¡no te adormezcas con la luz!» Pero se acostaba mudo y triste—la abuela le añadía: «Reza también el rosario, ¿oyes?»—, bailándole dentro versos, y sacaba á escondidas un libro que llevaba en el seno, y leía, leía á Garrett...

También yo, al llegar á Figueira da Foz y caer sobre una de aquellas duras camas portuguesas, pero no en mi casa abolenga, sino en un hotel, me puse á leer, mas no á Garrett, sino á Camilo. Y así como Nobre se dormía con la idea de aquella tía Dorotea de que habla Julio Diniz, yo me dormí con la idea de aquel pobre Carlos Pereira, uno de los pobres esclavos del Destino, de que nos habla Camilo. Y con el recuerdo de la fatídica Inés de Castro, cuyos despojos dejé durmiendo en Alcobaça.

Salamanca, Diciembre de 1908.

BARCELONA

He pasado recientemente tres semanas en Barcelona, ciudad que da mucho que hablar, mucho que pensar y algo que sentir en España toda, no mucho, porque parece que nos vamos volviendo insensibles.

Es Barcelona, sin duda, una hermosa ciudad, y no pocos barceloneses pretenden hacer de ella la Ciudad—así, con letra mayúscula—, la *civitas*, algo orgánico y vivo en su unidad específica y algo ciudadano, asiento de civilización—voz derivada de *cives*, ciudadano—como opuesto al espíritu rural, que hay en Cataluña quienes lo simbolizan en Vich, la vieja ciudad rural y episcopal, de alma carlista.

Esta división que algunos intelectuales barceloneses establecen en dos Cataluña, la Cataluña rural ó pirenaica, la del tradicionalismo y el espíritu reservado y suspicaz, y la Cataluña ciudadana ó mediterránea, la del progresismo y el espíritu al ierto é imperialista; esta división—responda ó no á realidad alguna—me recuerda aquella antinomia sarmentiana entre la civilización, simbolizada en la ciudad, en

Buenos Aires, y la barbarie, que campeaba libre por la campiña, con las montoneras gau-chescas.

No me atrevo á decir si esa oposición no es más aparente que real, y si los fenicios de la costa catalana no tienen mucho más de lo que ellos se creen, del alma irreductible de los al-mogávares de la montaña.

Sea de ello lo que fuere, es innegable que Barcelona es una hermosa ciudad, á lo menos por fuera, en su atavío y ornato de ropaje. Un ensanche espléndido, con calles y avenidas realmente suntuosas y realizadas por fachadas magníficas, de un lujo deslumbrador. (Aquí los epítetos consagrados son inevitables, pues se trata de una hermosura también consagrada.) El Ayuntamiento da cada año un premio al arquitecto que ha construido la fachada que un Jurado estima más monumental y artística. Y hay, sin duda, junto á verdaderos absurdos arquitectónicos y extravagancias en piedra, casas que recrean la vista. Fachadas no faltan en Barcelona, y hasta podría decirse que es la ciudad de las fachadas. La fachada lo domina todo, y casi todo es allí *fachadoso*, permítaseme el voquible.

Y en esta espléndida ciudad, de magníficas fachadas, que parecen construidas para asombrar y deslumbrar á los visitantes y huéspedes, el tifus hace estragos por falta de un buen sistema de desagüe. Y ello se comprende: las fachadas se ven desde luego, el alcantarillado no.

He aquí un rasgo que parece simbólico y que explica mucho de lo que en Barcelona ocurre.

Trabajan allí mucho, es verdad, pero vo-

cean más que trabajan; valen, sí, pero sería un negocio redondo comprarles por lo que valen y venderles por lo que creen valer. En la ciudad de Barcelona se cree uno á veces hallarse en un vastísimo arrabal de Tarascón, y se cree oír en catalán, lengua tan hermana de la lengua provenzal, el grito de combate de los buenos tarasconeses: *fem du brut*, es decir, hagamos ruido.

La especial megalomanía colectiva ó social de que está enferma Barcelona, les lleva á la obligada consecuencia de la megalomanía, á un delirio de persecuciones también colectivo y social. Y así hablan de odio á Cataluña, y se empeñan en ver en buena parte de los restantes españoles una ojeriza hacia ellos, hacia los catalanes—más bien los barceloneses—, estimándolo acaso hijo de envidia. Y tal odio no existe. No existe el odio á Cataluña, ni á Barcelona, ni existe la envidia tampoco. Lo que hay es que los españoles de las demás regiones han estado constantemente ponderando y exaltando la laboriosidad é industriiosidad de los catalanes—son los demás españoles los que han hecho el dicho de: «los catalanes, de las piedras sacan panes»—, y con esto les ha recalentado y excitado esa nativa vanidad que con tanta fuerza arraiga y crece bajo el sol del Mediterráneo. Y esa vanidad, esa petulante jactancia y jactanciosa petulancia que se masca en el aire de Barcelona, hace que las gentes sencillas y modestas—el castellano, á vuelta de otros defectos, es sencillo y es modesto hasta en su altivez—, al encontrarse en aquel ambiente de agresiva petulancia, se sientan heridas y molestas.

Ya el viejo *Poema del Cid*, obra del si-

glo XIII, hablando del conde de Barcelona, dice en su verso 960:

El conde es muy felón y dixo una vanidad.

Y esto es lo que se observa hoy en la ciudad condal: mucha noble y grande realidad estropeada por la *folonería*; por la jactancia, que está de continuo profiriendo vanidades.

Es un empeño ahincoso y tenaz de convenecerle al visitante de cuantas grandezas creen atesorar, y, sobre todo, de hacérselas ver en términos de comparación. El recuerdo de Madrid asoma á cada paso, y hasta el de París. Me ha ocurrido, al censurarles algo de la ciudad, oír que barceloneses me retrucaban: ¿es acaso mejor en Madrid? Digan lo que quieran, se preocupan demasiado de Madrid, y demasiado también del concepto que de su ciudad se forme el forastero, como si no fuere muy firme la fe que en su hermosura incomparable parecen tener. En Bilbao, mi pueblo, que tiene también no poco de jactancioso, no preocupa tanto la opinión de los forasteros, y es que la jactancia de mis paisanos los bilbaínos se acerca al orgullo, y la de los barceloneses á la vanidad.

Esta jactancia, atizada sin duda por adulaciones interesadas de forasteros, es compañera de un ensimismamiento pernicioso y fuente de toda clase de injusticias de juicio. Quéjense con frecuencia los barceloneses, y en general los catalanes, de que en el resto de España no se les conoce y por falta de conocerlos se les juzga injustamente, lo cual es cierto; pero no es menos cierto, sino mucho más, que ellos conocen el resto de España peor aún que éste los conoce á ellos, y que, por no conocerlo, lo juz-

gan mucho más injustamente que el resto de España les juzga á ellos. He oído en Barcelona, y no á uno ni á dos, sino á varios, y á personas de ilustración y cultura, juicios tan peregrinos como disparatados respecto á Castilla y á la vidacastellana; juicios tan exactos como los que en Europa se harían en el siglo XIII respecto al Catay, ó como los que aun hoy se hacen con frecuencia en esta misma cultura é ilustrada Europa, y por personas de lectura y conocimientos, respecto á esa Sud América.

Por término general, no se han enterado en Barcelona, los que más vocean sobre la decadencia de España, de los progresos agrícolas, industriales y de toda clase que de año en año se realizan en las regiones no catalanas, en Castilla misma, y muy en especial en el litoral cantábrico, del cual, más que del litoral mediterráneo, ha de venir lo más de la renovación española. Estaba de ello persuadido, y mi último viaje á Barcelona me ha corroborado en esa mi persuasión.

Porque el costero cantábrico—el gallego, el asturiano, el montañés, el vasco—no hace tanto *brut*, tanto ruido, ni pregona tanto lo que hace, ni se pavonea tan jactancioso, sino que trabaja en silencio y en tenacidad y sin avaricia.

Y aquí entra el segundo vicio capital que estropea las buenas, bonísimas cualidades, de esta gente catalana: la avaricia. El Dante, aquel austero y vengador gibelino que marcó á cada pueblo con su estigma, el Dante les retrató en un verso más conocido que el verso del *Poema del Cid* antes citado, y verso también del siglo XIII. En él habló de la *avara pover-*

tá del catalani, de la avara pobreza de los catalanes. Y la *foloneria* ó jactancia que dice vanidades, y la avara pobreza, son dos caracteres que vienen perpetuándose desde antes del siglo XII, Dios sabe desde cuándo, en esta gente industriosa y honrada.

Todo el litoral cantábrico está sembrado de escuelas, hospicios y hospitales fundados y pagados por particulares; el edificio del Instituto de Segunda Enseñanza, del oficial, del á cargo del Estado, en la Coruña, lo costeó el señor Guarda; dos de las mejores escuelas públicas de Bilbao, de las públicas, que son magníficas, las costearon los señores Zabálburu y la viuda de Epalza. En Cataluña hay mucho menos de esto, y como cosa especial se enseña en Barcelona el Observatorio Fabra, costeadado por un señor de este nombre. Y obsérvese que en el litoral cantábrico se ha hecho esto hasta con fundaciones que han ido á manos del Estado. Junto á esto, ¿se puede hablar de las desdichadísimas escuelas públicas de Barcelona? No sé cómo las han descuidado así, aunque sólo fuera para ponerlas espléndidas fachadas.¹¹

Y dentro de esas mismas casas tan *fachadosas*, ¿qué arte hay? Buen número de pintores y de músicos catalanes han tenido que irse de Barcelona á Madrid, en busca de público. Ni los cuadros ni las partituras pueden emplearse para decorar fachadas, ni cabe llevarlos prendidos de una corbata vistosa.¹²

Ambos vicios, la vanidad petulante y la avaricia codiciosa, brotan de una cualidad, y es la sensualidad. El costeo mediterráneo, por lo menos el catalán, es más sensual que apasionado. Su alma no tiene el ardor seco del alma

¹¹ Igual que en México, porque en esta gran urbe todo es superficial, y solo por la portada juzgan y estiman personal y cosas. La triente hizo un critico.

ibérica del interior. Y porque es sensual más que apasionado, el deleite carnal se ofrece tan pródiga y variablemente en Barcelona; y porque es mucho menos apasionado que sensual, odia la matonería y los delitos de sangre son tan raros en Barcelona.

En esto hay que admirarlos. Llega un domingo—me decía el jefe de la Policía barcelonesa—, se desparraman las familias por los alrededores—que son hermosísimos—, todo es fiestas y regocijo y, sin embargo, apenas se registran navajadas, y hasta las borracheras son menos frecuentes que en otras grandes ciudades. Y al lado de esto una envidiable educación cívica en las masas, que les hace celebrar reuniones políticas, á veces de muchísima gente, como la que presencié en la Plaza de Toros el domingo 21 de Octubre de este año, en medio del mayor orden y del más pacífico entusiasmo. Entusiasmo más sensual que apasionado, más estético que poético—es decir, creativo—; entusiasmo que se vació en gran parte en un agitar pañuelos blancos, diciéndose para sí cada espectador: «¡Oh, qué hermoso!» y yo, al salir de aquel mitin monstruo, del que llamaron *aplech de la protesta*, iba parodiando á aquel sacerdote egipcio cuando habló á Solón de los griegos, diciéndome para mí mismo: ¡ay, barceloneses, barceloneses, siempre seréis unos niños!

Si estas líneas caen bajo los ojos de algún barcelonés, sé que dirá: «no entiende la cosa; no se ha enterado; fué con prejuicios; ha visto visiones».

Son frases que dicta la jactancia del ensimismamiento colectivo.

Es el pueblo en que menos he visto á las gentes rendirse á las observaciones de censura; es el pueblo en que más he visto á los hombres repudiar los caminos del «conócete á ti mismo» colectivo. Siempre están á la defensiva, hasta cuando parece que atacan; cuidan más del escudo que de la espada. Y por esto, que revela en el fondo, lo mismo que la vanidad que no es orgullo, una muy vacilante, muy apagada, muy insegura fe en sí mismos, por esto creo que el litoral cantábrico ha de aportar más que el litoral mediterráneo á la futura renovación de España.

Y decidme, ahora, lectores bonaerenses, ¿no tiene toda gran ciudad, de crecimiento rápido, algo de Barcelona? /

Salamanca. Noviembre de 1906.

(1)
*si, y aun las de crecimiento paulatino
 como el Cairo (la estúpida).*

GUADALUPE

La España pintoresca y legendaria sería mucho mejor conocida que lo es—por los españoles, se entiende—si tuviéramos mejores caminos y vías de comunicación, ó si fuésemos más entusiastas y menos comodones. Entre nosotros, el amor á la hermosura y á la tradición no ha llegado aún á formas de piedad. Y así, cuando hace aún pocos días marchaba yo con dos amigos á visitar el célebre monasterio de Guadalupe, las gentes sencillas de aquellas tierras no se explicaban las molestias que soportábamos sino atribuyéndolo á que lo hiciésemos por promesa ó votos religiosos.

Y es realmente penoso el viaje á no ir en automóvil—se puede llegar por carretera hasta el mismo monasterio. Desde Oropesa, pasando por el Puente del Arzobispo, unas diez horas de coche hasta el Puerto de San Vicente, lindero entre las provincias de Toledo y Cáceres, y de allí bajamos en carro á Guadalupe, á través de unas montañas bravías y fragosas.

Entonaban el corazón aquellas vastas verdes soledades tendidas al pie de la sierra. En la garganta de la Peña Amarilla cerníanse, tra-

zando lentas espirales, dos águilas. Luego las mil vueltas y revueltas de la carretera, entre frondosidades de árboles, y al fin se nos abrió á la vista la mole ingente del monasterio, rodeado por el pueblo.

Dice Fr. José de Sigüenza en el cap. XVII del lib. I de su *Historia de la Orden de San Jerónimo* (1): «Entre las dos riberas del Guadiana y Tajo, ríos conocidos en España, celebrados de los antiguos escritores naturales y extranjeros, se hacen unas montañas fragosas, inhabitables en muchas partes por su aspereza, en otras de mucha frescura y regalo, muchos valles que descienden al profundo, sierras que suben al cielo, llamadas de los comarcanos Villuercas. De la una parte y de la otra apacientan los ganados los pastores extremeños, cuando en medio del estio quedan abrasadas las dehesas, así por parte del Norte, que mira al Tajo, como por la del Mediodía, que riega Guadiana.» Y pasa luego el minucioso y castizo Sigüenza á contarnos la leyenda que cómo apareció á un pastor que perseguía á una vaca la imagen que unos clérigos devotos de la ciudad de Sevilla, huyendo de la furia de los moros que se enseñoreaban de España, ocultaron en un sepulcro de mármol en las fragosidades de Guadalupe, imagen que decían ser la que el papa San Gregorio Magno envió á su amigo San Leandro, arzobispo de Sevilla, é imagen que cierta vulgar creencia supone esculpida nada menos que por San Lucas Evangelista.

(1) Acaba de publicar la segunda edición la Nueva Biblioteca de Autores Españoles que dirige el Sr. Menéndez Pelayo y edita Baillière y es continuación de la de Rivadeneira.

Creencia que Fr. Esteban Ginés Ovejero, de la Orden de Predicadores, en su folleto *Guadalupe*—impreso en Tortosa, con licencia eclesiástica, en 1905—trata de destruir, haciéndonos saber que San Lucas no fué sino médico y evangelista y no pintor ni escultor; «cosa que no hubiera callado San Pablo cuando nos dijo que era médico; y mucho menos los Padres y Concilios que escribieron contra los iconoclastas, como un argumento fortísimo».

¡Cuán lejos estaba yo de estas entre eruditas y piadosas elucubraciones cuando surgió á mis ojos, tras largo y penoso viaje, la fábrica del famoso monasterio! ¡Con qué ojos lo mirarían aquellos esforzados extremeños que al volver de las Indias Occidentales, del Nuevo Mundo, emprendían su devota peregrinación al santuario, enriquecido con despojos de la Conquista!

Allí se alzaba, carcomidos por los siglos sus muros de mampostería, severo y señorial, sobre fondo de verdura. Su exterior tiene, ciertamente, poco que admirar como obra arquitectónica; es la posición y el lugar lo que le da realce.

El pueblo de Guadalupe, que rodea y abraza al monasterio, es uno de esos típicos pueblos serranos llenos de encanto y de frescura. Sus soportales, su fuente, sus calles con entrantes y salientes y voladizos balcones de madera, sus casas señoriales, su sello, en fin, de reposadero.

El monasterio, hoy muy deteriorado, ofrece aún al visitante su magnífica iglesia, con una de las más hermosas verjas de hierro forjado que puedan verse, sus dos claustros, su

relicario, su sacristía. En uno de los dos claustros, mudéjar, con muy pintoresco templete en el centro, sentí una vez más la tentación que en parecidos sitios me asalta: la de abandonar estas luchas y trabajos en que estoy metido y darme á ver pasar la vida en meditación y en sosiego. Pero...

Al otro claustro, medio arruinado, le llaman allí el Convento de las garrapatas—es decir, de las arañas y no de las garrapatas propiamente tales—, y lo ocupan hasta cuarenta familias pobres y no nada limpias, que crían sus chiquillos donde los reverendos frailes jerónimos durmieron sus siestas.

El monasterio era riquísimo, y de esta riqueza quedan aún vestigios y restos. Tan ricos eran los jerónimos, que después de enseñar al visitante una opulenta capa, cuajada de oro y pedrería, que regaló á la Virgen el rey Felipe II, se le enseña otra más opulenta aún y preciosa, que le regaló la Orden para achicar al rey. Y nos mostraron capas, casullas, frontales, unos de subido valor artístico, pero los más de mayor precio material que estético. Mejor aún, para mi gusto, es la magnífica colección de libros de coro—tal vez la mejor de España—con iniciales iluminadas y preciosísimas viñetas.

Pero la joya del monasterio, lo que ello solo merece todas las penalidades del viaje, lo que ha de hacer de Guadalupe lugar de peregrinación de los amantes del arte, es la soberbia colección de cuadros de Zurbarán, que en su sacristía se guardan. Hay que ir allá para conocer á nuestro gran pintor extremeño. Diez grandes cuadros, de más de cuatro varas de alto

por tres de ancho algunos, unos algo menor, y varias tablas pequeñas.

Los ocho que cubren las paredes del cuerpo de la sacristía representan á personajes de la Orden. ¡Qué figura la de aquel venerable Padre Andrés de Salmerón, de rodillas, con las manos juntas, mientras Cristo le pone una mano sobre la cabeza! Allí llega al colmo la genuina sobriedad de la pintura clásica española. Y el Enrique III que pone el capelo arzobispal al venerable Padre Fernando Yáñez de Figueroa, aquella figura trazada con el mínimo de líneas y de colores, nada tiene que envidiar á las figuras de Velázquez. Encima del altar de la sacristía se ve la llamada Perla de Zurbarán, un San Jerónimo que, llevando nuestra mirada tras de la suya, nos abre perspectivas celestiales.

Hermosísimo es, sin duda, cuanto el arte humano puede aún ofrecernos en Guadalupe; mas es más hermoso aún lo que allí la naturaleza nos ofrece. Subimos á Mirabel, dependencia del monasterio, y bajamos de allí por medio de uno de los más espesos y más frondosos bosques de que en mi vida he gozado. Jamás vi castaños más gigantescos y más tupidos. Y nogales, álamos, alcornoques, robles, quejigos, encinas, fresnos, almendros, alisos junto al regato, y todo ello embalsamado por el olor de perfumadas matas.

Desde el alto de Mirabel, tendido al pie de la Cruz del Mentidero, contemplaba las líneas de las sierras de los montes de Toledo, como series de bambalinas de un diurno teatro, y á un lado la llanada de Cáceres encendida por el sol. De todas partes afluía paz de vida. Y allí, en aquel repliegue que hacen las monta-

ñas, al pie de las enhiestas y desnudas Villuer-
cas, en aquel espeso castañar, ahora en candela,
¡qué bien se descansará, luego de haber mere-
cido el descanso con una vida de combates,
esperando á una muerte dulce y natural en el
seno de la naturaleza!

Y procuraba hartarme de visión de campo,
llenar el alma de su verdura secular, como pro-
cura henchirse el pecho de aire el que va á hun-
dirse por algún tiempo en el seno de las aguas.
¡Cuántos cuidados se me lavaron en aquella
visión de verdura!

La verdad es que aquellos reverendos Pa-
dres jerónimos entendieron bien la vida, tal
vez por haberla mirado á través de la muerte.
Allí en aquel retiro atesoraron arte, riqueza y
poderío. El prior de Guadalupe intentó unir el
río Rueca, que pasa por Cañamero, con el Gua-
dalupejo, que corre al pie del monasterio; y
como no hubiese podido lograrlo, decían los de
Cañamero muy orondos que su río había sido
más poderoso que el poderosísimo prior. Y es
que los ríos pueden más que los reyes y las ór-
denes religiosas. Bien dice el dicho decidero:
«al cabo de años mil vuelve el agua á su cubil».

Dejo por contaros mucho de lo que en Gua-
dalupe vi; pero es que he querido dar aquí, más
que una reseña, una impresión de viajero. Y así
nada digo de los cuadros de Jordán, y de Car-
ducho, la escultura del Torrigiano, los órga-
nos, el recuerdo de la reunión del Concejo de
la Mesta, los sepulcros, etc., etc.

Emprendí esta peregrinación artística ape-
nas terminé mi curso universitario, con la tris-
te impresión que dejan siempre unos exámenes,
buscando unos días de reposo y de baño en na-

turaliza para poder volver con renovadas fuer-
zas á dar vueltas á la roca sisifeana que me
cupo en suerte. Y hoy llevo, en el relicario de
mis recuerdos, un recuerdo más, un recuerdo
perfumado y fresco, el de la bravía verdura
de Guadalupe, resguardada del mundo mun-
danal por severas crestas sobre las cuales tra-
zan las águilas sus aéreas espirales.

Es una lástima que la ramplonería de la ruti-
na española lleve á tantas gentes á pueblecillos
banales, de una lindeza de cromo que encanta
á los merceros enriquecidos, y haga les asuste
pasar incomodidades para ir á gozar de visio-
nes que están fuera del tiempo.

YUSTE

No bien descansamos un día en Navalmoral de la Mata, de nuestra excursión á Guadalupe, cuando emprendimos otra al célebre monasterio de Yuste.

Huelga casi recordar el origen de la celebridad de este monasterio, también de jerónimos como el de Guadalupe, donde fué á acabar sus días el gran emperador Carlos I de España y V de Alemania. ¿Qué le llevó al nieto de los Reyes Católicos, al poderoso Habsburgo, al monarca más poderoso y afortunado del mundo en un tiempo, á ir á enterrarse en aquel escondido repliegue de las estribaciones de Gredos? ¿Por qué escogió para morir aquella plegadura de verdor y de soledad?

Desde Navalmoral de la Mata se contempla hacia el poniente el formidable y sombrío macizo de los montes Carpetanos, y dominándolos los picachos, casi siempre canos por las nieves, de la Sierra de Gredos. Cuantas veces he ido desde esta Salamanca á Madrid, por Extremadura, he pasado horas de tren embebiendo mis ojos en la visión de esa severa é imponente mole. En sus faldas y hasta el río

Tiétar, que corre paralelo á la sierra, se extiende la llamada Vera de Plasencia, región tan abandonada como hermosa, que me recordaba hace pocos días á mi tierra vascongada por el carácter de su paisaje.

Uno de los pueblos de la Vera es Cuacos, donde vivía en el siglo XIV un hombre devoto llamado Sancho Martín, que en 1402 donó unas tierras á unos ermitaños llegados de Plasencia, y de aquí tuvo lugar el que luego fué monasterio de Yuste. Nunca muy rico, ni comparable con Guadalupe, y, como éste, de jerónimos.

Fuimos desde Naval Moral á caballo, atravesando en barca el río Tiétar, vivero de fiebres palúdicas. Y pasado el río empezamos la subida á la Vera por unas tierras desoladas, de jara y brezo, atravesando una garganta por donde se precipitan las aguas de la sierra.

Mas, una vez en la falda misma de la cordillera, la vegetación se agiganta y los árboles os brindan con su sombra. La Vera es rica en frutales y surte de cerezas á Madrid. El cultivo principal es, sin embargo, el del pimiento; un cultivo terrible. A él hay quien atribuye el crecido número de abortos que en Jarrandilla se registran.

Llegamos á Cuacos, y, no bien apeados de nuestras caballerías, emprendimos á pie la subida á Yuste, con la impaciencia natural de quien va á ver un lugar consagrado por la Historia; el sitio en que vivió sus últimos años y murió un hombre que llenara en un tiempo á Europa con su nombre y su fortuna.

No se ve lo que del monasterio queda hasta que no se está en él, y se padece, en un cierto

sentido, una desilusión, aunque luego ésta se rectifique.

Nunca debió de ser, como ya os dije, muy rico el monasterio en que fué á morir Carlos V; pero hoy, desmantelado y empobrecido, ofrece pobrísimo aspecto. Y aún más pobre debió ofrecerlo cuando lo visitó Castelar, antes de encargarse de él los franciscanos que hoy lo ocupan.

La iglesia es espaciosa, pero sencillísima y muy pobre. La sillería de su coro, de no gran mérito, está distribuida entre varios pueblecitos, lo más de ella en Cuacos. El retablo nos dijeron que estaba en Casatejada. Los ornamentos, los libros de coro, todo se desparramó.

A la entrada muestran un nogal que dicen plantó allí el Emperador. Y es una de las cosas más permanentes de cuantas nos dejó aquel hijo de la fortuna.

¡Melancólico espectáculo el del claustro del monasterio, hoy en ruinas! Las desnudas piedras se calientan al sol; yacen por el suelo, entre maleza y hierbajos, los sillares que abrigaron las siestas y las meditaciones de los jerónimos; columnas truncadas se proyectan sobre la verdura del monte y el azul del cielo, y piensa uno, modificando la sentencia del clásico, que hasta las ruinas perecerán, *etiam ruinae peribunt*.

Junto á la iglesia está el llamado palacio de Carlos V, con su amplio mirador que se abre á un vallecito de frondosidades, y más allá, por una escotadura entre las lomas, la vasta llanura soleada, y en lontananza los contornos azules de remotas sierras. Parece, visto desde el mirador aquél, que es un mundo limi-

tado, un campo de aventuras, el que se nos despliega allende la abertura de la soledad del monte. Y yo pensaba que, contemplando el Emperador aquellas extensiones que se pierden de vista, pensaría muchas tardes de otoño, á la hora de acostarse el sol, en todo lo que tras de sí había dejado, la rota de los Comuneros, los esplendores de América, la captura de Francisco I, la Dieta de Worms. Y pasarían por su mente Padilla, el cardenal Adriano, Hernán Cortés, Pizarro, Lutero, y tantos otros gigantes de aquel su reinado tan henchido de historia.

¿Cómo fué aquel hombre á enterrarse en aquellas soledades serranas? Allí os muestran el desnudo y pobre cuarto donde murió; allí otro cuarto donde dicen que durmió alguna vez Felipe II, y en Cuacos una humilde casa en que os aseguran vivió algún tiempo don Juan de Austria. Y todo ello pobrísimo; hoy al menos.

Hoy, los caminos para llegar á Yuste son malos, escarpados y pedregosos: pero, ¿y entonces? Lleváronle en litera y por lo más frágil de la sierra. En Jarandilla se detuvo y allí demoró algún tiempo, en el castillo de los condes de Oropesa, hoy en ruinas, hasta que en Yuste le prepararon alojamiento.

Emprendimos la caminata á pie, de Cuacos á Jarandilla, por un camino que es un tormento para los pies y una delicia para los ojos. Frescura y verdor por todas partes. Corpulentos castaños encandelados, y por entre ellos algún torrente que baja saltando y rompiéndose en las rocas desde lo alto de la sierra. Una naturaleza risueña y amable, tal como suele ofre-

cérsenos en estas sierras de la meseta interior de España.

Los que hablan de Castilla, León y Extremadura como si no fuesen más que pelados parameros, desnudos de árboles, brasados por los soles y los hielos, áridos y tristes, no han visto estas tierras sino al correr del tren y muy parcialmente. Donde en estas mesetas se yergue una sierra, tened por seguro que en el seno de ella se esconden valles que superan en verdor, en frescor y en hermosura á los más celebrados del litoral cantábrico. Por mi parte prefiero los paisajes serranos de Castilla y de Extremadura. Son más serios, más graves, más frágiles, menos de cromo. Están, además, menos profanados por el turismo y por la banal admiración de los veraneantes.

El paisaje de Jarandilla es una delicia de fresco verdor.

Y esta hermosísima Vera de Plasencia languidece en triste atraso, por falta de adecuadas vías de comunicación. No puede explotarse ni la riqueza de sus frutos y maderas, ni la de sus paisajes. ¡Y el atraso moral y social!...

El Juzgado de Jarandilla es uno de los de mayores compromisos. Los veratos ó naturales de la Vera riñen en invierno por vino y en verano por agua, la de los riegos; y como allí la vida parece tenerse en poco aprecio, le aligeran á uno del peso de ella por un quitame allá esas pajas. El alcohol hace estragos. Y por lo que respecta á las relaciones sexuales... si os contara todo lo que me contaron... Surten de nodrizas, y ellas jovencillas, á todas las regiones comarcanas; la exposición de niños es cosa frecuente; hay en los pueblos aquéllos zánganos

cuya principal ocupación es ojear las mozas que van para mujeres y espiar la iniciación de su pubertad.

Y todo lo que podría hacerse para remediar tanto mal. Me contaba un maestro de escuela de uno de aquellos pueblos, el de Cuacos, que en la escuela de adultos había cacheado á éstos sin que ninguno protestara.

Da pena ver región tan hermosa, tan espléndidamente dotada por Dios de suelo y de cielo, tan abandonada de los hombres. A pesar de lo cual mejora. La gente no emigra; más bien llegan allá otros de fuera.

Es triste cosa. Cuando os encontráis con algún rincón de tierra donde el agua y el sol cubren de verdor la tierra, veréis á ésta dividida y subdividida entre pobres pegujareros que le arrancan su sustento con hartas fatigas. Y luego atravesaréis vastas soledades de jaras, brezos y escobas, recorriendo leguas y más leguas de un solo señor. Y no es que yo crea que esta tierra inculta lo esté por estar concentrada en pocas manos, no; es más bien que está en pocas manos, por ser tierra baldía y poco capaz de cultivo.

¿Qué pensaría de todo esto, si es que alguna vez pensó en ello, Carlos V en Yuste?

«LA GLORIA DE DON RAMIRO»

La gloria de Don Ramiro: una vida en tiempos de Felipe II; así se llama la admirable novela histórica de Enrique Larreta, obra que representa un generoso y feliz esfuerzo artístico de su autor.

Lo primero en novela histórica. En un cierto respecto, casi todas las novelas son, en rigor, históricas, si no de historia remota, de otros tiempos, de historia contemporánea por lo menos. Todo el que se propone retratar costumbres hace historia. †

Y no es acaso esta historia contemporánea, esta historia de lo que ayer mismo pasó en torno nuestro, más fácil que la historia de tiempos remotos. Es observación antiquísima—el otro día la leí en Tucídides—la de que un soldado que toma parte en una batalla, rara vez tiene noción clara del conjunto de la batalla; los árboles le impiden ver el bosque, como dice el tan conocido refrán tudesco. (Tal refrán tuvo que nacer en Alemania, donde, cuando no son los árboles los que les impiden ver el bosque, es el bosque el que les impide ver los árboles.) Y así acaso sea más fácil, en cierto respecto, conocer un siglo pasado que no el siglo presente,

aquel en que vivimos. El espíritu del siglo XIII ó el del siglo XVI se nos aparece más definible y claro que no el del siglo XIX, y es porque el de aquéllos concluyó su proceso y acabó de definirse en sus efectos.

Pero, en las novelas mismas que llamamos históricas por antonomasia, hay multitud de gradaciones, desde aquellas en que la historia no es más que un pretexto para fantasías del autor, hasta aquellas otras en que el novelista realiza el esfuerzo de procurar ponerse en el tiempo y el país que nos presenta. Modelo de esta clase es aquella admirable novela histórica de Thackeray *The history of Henry Esmond, Esquire*, en que para mayor ilusión y para más poderoso vencimiento artístico el autor adoptó la forma autobiográfica, fingiendo que es el mismo Esmond el que escribe, para memoria de su hija Raquel y de sus descendientes, sus recuerdos de vida, lo cual obligaba á Thackeray á escribir en lengua y estilo ingleses de principios del siglo XVIII.

Figúrese el lector lo que esto supone. Pues no ha de introducirse en el relato ni un vocablo, ni un giro, ni una observación, ni un punto de vista que no pudiesen ocurrírsele al caballero Esmond y que, naturalmente, habían de ocurrírsele á Thackeray. Y téngase en cuenta que, cuando un hombre de cierta educación y cultura se propone hacer hablar á campesinos incultos, si peca es por comisión, no por omisión, es decir, que si peca no es tanto omitiendo voces del lenguaje popular cuanto haciéndole decir al campesino cosas que no diría. Y así con lo remoto histórico.

La novela histórica de Enrique Larreta no

está en forma autobiográfica ni es don Ramiro, ni ningún otro de los personajes que en ella figuran, quien nos hace el relato, sino Larreta mismo; pero esta novela señala un esfuerzo á la mayor ilusión histórica, hasta en el estilo y en el lenguaje.

El cual, sin dejar de ser moderno, quiere á la vez ser antiguo, tener sabor del siglo XVI español, y lo consigue.

Y así logra en realidad un lenguaje y estilo que siendo del siglo XX es también del siglo XVI, un lenguaje y estilo que ni son arcaicos ó arqueológicos, ni son modernistas ó, si se quiere, modernos. Porque tan falsa es la modernidad buscada, consciente, de escuela, como el arcaísmo buscado también. Y hay en la lengua, como en lo demás, algo que puede llamarse, siquiera relativamente, eterno; algo que refleja el principio de continuidad de ella, lo más íntimo vital de su organismo, lo que vence y sobrepuja á todas las modas y á todas las maneras literarias. Hay algo que se puede llamar el estilo eterno y que de ordinario no está al alcance de los llamados estilistas, de esos fatigosos orives del lenguaje siempre á la caza y expulsión de asonancias, cacofonías y otras garambainas. El estilo de Larreta me parece ser un esfuerzo hacia ese estilo eterno. Aunque á veces, justo es decirlo, caiga un poco, por virtud del esfuerzo mismo, en estilismo.

He dicho que la novela de Enrique Larreta representa un generoso y feliz esfuerzo artístico de su autor, y así es, en verdad. Es un generoso y feliz esfuerzo por penetrar en el alma de la España del siglo XVI, y por lo tanto en el alma de la España de todos los tiempos y lugares.

De todos los tiempos, en primer lugar, porque España ha tenido un proceso mucho más homogéneo que se cree, una verdadera continuidad espiritual íntima, y esto es precisamente lo que le da más valor y más consistencia, aunque en ciertos respectos pueda, hoy por hoy, parecer que le perjudica en parte. Y esa íntima y permanente alma española, si llegó alguna vez á revelación y eflorescencia, fué, sin duda, en el siglo XVI. Hemos progresado mucho desde entonces, seguimos progresando; pero las cualidades que habrán de darnos á los españoles significación y valor históricos universales en el mundo, son las cualidades que entonces pusimos de realce, si bien acomodadas á nuevas empresas y bajo nuevas formas. Podremos dejar de ser católicos, dejaremos de serlo, en el sentido ortodoxo de la Iglesia romana—tal es mi fe y mi más ardiente deseo y esperanza—, pero con cualquier otra creencia mostraremos el mismo espíritu que como campeones de la contrarreforma mostraron nuestros abuelos.

El alma de la España de todos los lugares nos muestra también Larreta en su *La gloria de Don Ramiro*. Y claro está que al decir esto estaba pensando en la patria nativa del autor de la novela, en la Argentina, que también es España, pese á quien pesare, y mucho más España que los argentinos mismos se imaginan. Una vez más, y va la de ciento lo menos, sin que sea la última, una vez más he de repetir lo de que la lengua es la sangre del espíritu y que en un idioma va implícita una cierta filosofía, un cierto modo de concebir, y, aun más que de concebir, de sentir la vida. Sean cuales fueren los cruces de razas, sea cual fuere la sangre ma-

terial que á la primitiva se mezcle, mientras un pueblo hable en español, pensará y sentirá en español también.

¿Y cuál es la razón de que un argentino como es Larreta haya podido penetrar en el alma de nuestra España más castiza como un inglés, un italiano, un alemán, y no digo nada un francés, difícilísimamente habría podido penetrar en ella? Yo no dudo de la inteligencia de Larreta; es más, creo que la tiene privilegiada; no dudo tampoco de que haya estudiado detenida y concienzudamente á nuestra España y á nuestro siglo XVI, y en especial á Avila, á esa maravillosa ciudad-castillo en que la acción de *La gloria de Don Ramiro* se desarrolla; pero creo que si ha acertado, como ha acertado; que si nos ha dado una tan viviente obra de evocación es por instinto, y no por instinto de artista precisamente. Me explicaré:

Estoy leyendo en estos mismos días la última obra filosófica del intensísimo pensador francés Henri Bergson, tal vez la primera cabeza filosófica de Francia—y quién sabe si aún más...—hoy, y en esta obra *L'évolution créatrice*, que es una de las que redimen al editor Alcan de tantas otras futilidades como publica en su *Bibliothèque de philosophie contemporaine*; en esta obra admirable se traza una distinción luminosísima entre el instinto y la inteligencia. Y en ella se nos enseña que el instinto es simpatía.

El admirable instinto que lleva á diversas especies de himenópteros paralizadores á paralizar arañas, escarabajos y orugas en que depositan sus huevos, picándoles en los centros nerviosos motores para dejarles parálíticos, inmó-

viles, pero no muertos y que así suministren carne fresca á su prole, este admirable instinto no supone, dice Bergson, ni una serie de tanteos inteligentes, cuyo resultado se transmite por herencia, ni un conocimiento inteligente en los himenópteros paralizadores de la estructura ganglionar de sus víctimas. Lo que hay es, añade, una *simpatía*, en el sentido etimológico de la palabra, una comunidad de sentimiento, entre el paralizador y el paralizado. Es decir, que, en el fondo, uno y otro son una cosa, manifestaciones de una vida una. El instinto, si pudiera reflexionar sobre sí mismo, nos revelaría el misterio de la vida, que sólo simbólicamente entrevé la inteligencia; «es al interior mismo de la vida adonde nos conduciría la *intuición*, es decir, el instinto hecho desinteresado».

Y es este instinto desinteresado el que, aunque sirviéndose de la inteligencia, le ha permitido á Larreta llegar al interior de la vida espiritual española del siglo XVI. Es que Larreta ha nacido y se ha criado en un país que deriva de la España del siglo XVI, tanto acaso como esta nuestra España de acá, y tal vez con la ventaja de no haber recibido ciertas escamas, excrescencias y escurrajas externas, que es lo que por aquí pasa por lo castizo y genuino de nuestro espíritu.

Don Ramiro, el héroe de la novela de Larreta, después de una accidentada y melancólica historia, se resuelve como tantos otros naufragos de la ambición y la gloria á ir á América, y va á morir más bien que á vivir. Va á América, y á la América que pasa, más acaso por cosas exteriores y pintorescas que por lo íntimo y

radical, por la más española, al Perú, donde muere, el año de 1605, en la Ciudad de los Reyes, en Lima. Y esto permite á Larreta presentarnos, para cerrar con broche de oro su libro, la poética figura de Santa Rosa de Lima, aquella santa tan genuinamente española. Y si en algún espíritu individual se nos manifiesta y revela típica y representativamente el alma colectiva de un pueblo, es sin duda en el de alguno de sus santos. La santidad, que es lo más divino en el hombre, es también lo más humano en él; la santidad es el supremo triunfo de la humanidad en el espíritu humano.

Y, en general, es en el aspecto religioso donde hay que ir á buscar lo más típico y más radical de un pueblo. Importa poco lo que cada uno de sus habitantes, tomado en singular, piense ó diga sobre religión; hay algo como un sentimiento religioso, más ó menos vago, y revestido de una aparente irreligiosidad á las veces, de la colectividad, y es el que mejor recoge ese sentimiento, el que mejor también representa á su pueblo. Y ni la política, ni la literatura, ni el arte, tendrán eficacia y durabilidad, mientras no vivan de ese sentimiento, que no hay que confundir con dogmas concretos y formulables intelectualmente.

La figura más profunda é intensamente grabada en la novela de Larreta, que no es precisamente la del protagonista—y esto sucede muy á menudo á los novelistas—, la figura de Vargas Orozco, el canónigo, está forjada con sentimientos religiosos.

«A pesar de aquellas duras ideas, Vargas Orozco—nos dice Larreta—era un hombre de una bondad profunda. Vivía la vida como un

rancio hidalgo español, con el fondo del alma.»

¡Con el fondo del alma! ¡Vivir la vida con el fondo del alma!—exclamé cuando hube leído esto—. ¡Con el fondo del alma! He aquí una frase admirable y preñada de sentido.

¡Vivir con el fondo del alma! Sí, hay individuos, hay acaso pueblos enteros que viven, sino con la sobrehaz del alma; hay individuos, hay acaso pueblos enteros que viven, más que con la voluntad y el sentimiento, con los deseos y las sensaciones. Hay individuos, hay acaso pueblos enteros que no viven otra vida que la vida que pasa, que no sienten hambre y sed de inmortalidad, que no tienen lo que nuestro P. Alonso Rodríguez llamaba apetito de divinidad.

¿No te has fijado, lector amigo, en que puede haber un hombre público de una grandísima actuación política ó social, que llene acaso toda una época de la historia de su país, ó tal vez de la historia universal, y que carezca de personalidad revelante, sin embargo? Puede un hombre desempeñar un papel hasta de protagonista en un drama histórico y carecer, en rigor, de biografía. Su biografía se reduce á su vida pública. Y aunque esto suene á paradoja, espero, lector amigo, que habrás de entenderme lo que quiero decir.

Y es que ese hombre, en tal caso, carece de vida interior: es que nunca ha conversado con Dios; es que no ha vivido con el fondo del alma.

La mayor parte de los oradores que conozco son así, hombres sin interioridad, que no hablan más que con la boca y el oído, y, á lo sumo, con la cabeza. Pero en cuanto un público

oye, no á un orador, sino á un hombre que habla, á un hombre que deja salir en sus palabras entrañas del alma, hay que ver cómo se le recibe, aun no acabando de reconocerle el que sea orador.

Y no quiero seguir con esto, pues abrigo un cierto temor.

«Impregnado desde joven del espíritu del Antiguo Testamento—nos dice luego Larreta de Vargas Orozco—, vibraba él mismo esa justicia rencorosa, inexorable, tremenda, que parece rugir como un trueno á través de los versículos.»

¿Es, en efecto, que hemos llegado los españoles al Nuevo Testamento? ¿No será que nos hemos quedado en el Antiguo? ¿Hemos llegado, de verdad, hasta Jesús? Y más bien que llegar á Jesús de Nazaret, que surge, después de todo, del Antiguo Testamento, y que es, como acaso nosotros seamos, un semita, ¿hemos llegado al Cristo, al Cristo platónico, al que en Grecia fué rebautizado?

Hay quien dice que somos protosemitas, que corre por lo menos por nuestras venas sangre berberisca.

Y este terrible canónigo Vargas Orozco, duro con todos, duro con los demás, pero duro consigo mismo, dirige á Ramiro palabras de fuego de una elocuencia profética. Y le dice, entre otras cosas, estas palabras fatídicas:

«El miedo á la sangre, hijo mío, es un bajo instinto del hombre. Jehová se repugna del vicio, de la impiedad, de un solo pecado, pero no de la sangre vertida justicieramente. La sangre es el riego necesario de toda buena germinación, y el Señor la hace correr á su tiempo